

RAMÓN ACÍN AQUILUÉ, REFLOTADO

TORRES PLANELLS, Sonya, *Ramón Acín (1888-1936). Una estética anarquista y de vanguardia*, Barcelona, Virus, 1998, 270 páginas (con 62 ilustraciones).

Francisco CARRASQUER LAUNED

En la transición se ha hablado mucho de rehabilitación de autores y artistas arrumbados al olvido por la anticultura franquista, pero los más difíciles de rescatar —o de rescatar del todo— siempre son los sin dios ni amo, sin arrimo político ni parroquia o camarilla entre los que forman el tribunal secreto de distribución de méritos y valores artísticos, literarios o culturales. Éste es el caso de Ramón Acín Aquilué, agravado por tratarse de un natural del rincón del mundo que es Huesca, desde donde resulta de lo más arduo irradiar hacia fuera ni gloria ni popularidad.

Auténtico hombre neorrenacentista (si bien de un neorrenacimiento ahogado en embrión o aplastado en el huevo), pocos supieron ver la polifacética creatividad de nuestro oscense, aplicada con resultados excelentes, cuando no brillantes, a tan variadas como concurrentes disciplinas: dibujo, grafismo, pintura, escultura, literatura, didáctica y pedagogía, coleccionismo arqueológico y etnológico, etc. Pero toda esta varia y rica multidisciplinariedad no vale nada si la ejerce un réprobo de la ley vigente, un clandestino mentor tan políticamente incorrecto que ni siquiera votaba.

Al hablar de renacentismo, me refiero única y exclusivamente al curioso fenómeno de aquella eclosión culturalista que florece en el movimiento libertario hacia 1910 y culmina en el lustro republicano (1931-1936), siquiera fuese literalmente efímero como una mariposa o una flor de un día. Semejante explosión de ansias de saber, de ganas de innovar y necesidad imperativa de renovar y crear en todo un amplio sector juvenil es algo inédito, y no sólo en España, sino en el mundo conocido, salvo el primer renacimiento de la historia que fue la Hélade en su Edad de Oro. Todas las otras áureas edades y renacimientos de después no son más que movimientos de emulación hereditaria. Lo que pasa es que en esta erupción cultural no

participan clérigos ni eruditos de gabinete como en el renacimiento de nuestros siglos XIV y XV, sino pobres jovencuelos que a veces se atragantan por la avidez de cultivarse y resultan un poco ridículos. Pero lo peor de todo es que no tuvieron tiempo de hacerse con una cultura propia, como tampoco se dejó que la revolución española del 36 se desarrollara y todo lo nuevo y culturalmente pujante de una buena parte del pueblo español se ahogó ya casi en embrión o fue aplastado en el huevo... Diez años más con ese desarrollo o gestación y España se habría podido convertir en la Atenas del siglo de Pericles sin esclavos, moderna. Sobre todo si se les hubiera dejado continuar su labor a los centenares de jóvenes maestros de escuela tan bien preparados como los que ejercían entonces en España y que el triunfante franquismo se encargó de diezmar a fondo (la profesión con mayor número de víctimas del régimen anticultural de requetés, falangistas, nacionalcatólicos y opus-deístas fue la del magisterio; por algo sería).

Pues bien, por fin nos llega el libro tanto tiempo esperado, en el que se le hace plena justicia a Ramón Acín Aquilué. Ha tardado, pero más vale tarde que nunca, dice con razón nuestro refranero. Ha tenido que ser una doctoranda ibicenca, Sonya Torres Planells, quien, después de haberse licenciado en Historia del Arte, defendió con éxito una tesis doctoral en la Universidad de Pompeu Fabra, de Barcelona, con el título «Ramón Acín (1888-1936). Una estética anarquista y de vanguardia», tesis que poco después pasa a ser libro publicado por Virus Editorial.

Por el subtítulo se puede inferir que el objetivo más directo y hasta privativo de esta tesis doctoral ha sido presentarnos al Ramón Acín artista, probablemente como paradigma con el que ejemplificar en una persona y una obra concretas las teorías ya anteriormente expuestas por Sonya Torres sobre las interrelaciones entre anarquismo y arte de vanguardia. Pero, al ahondar en la personalidad de Ramón Acín Aquilué, se prendó tanto de esta vida ejemplar que decidió dedicarle una biografía lo más completa posible. Y lo ha conseguido: es una biografía completa, tanto desde el punto de vista científico-histórico como del estético-literario.

Hay que decir que de Ramón Acín Aquilué se habían publicado anteriormente muchas cosas, desde *Vida y muerte de Ramón Acín*, de Felipe ALAIZ (Barcelona, 1937), hasta el precioso libro de bibliófilo editado en 1988 por las Diputaciones de Huesca y Zaragoza al cumplirse el centenario del nacimiento del homenajeado, dirigido por el profesor de Historia del Arte Manuel GARCÍA GUATAS, con fundición en su cubierta, de 332 páginas y 300 ilustraciones, titulado *Ramón Acín (1888-1936)*, pasando por numerosos artículos en revistas y periódicos de cierta afinidad ideológica o de promoción de la cultura aragonesa. Véase para confirmar lo dicho la extensa bibliografía del libro que comentamos y que se extiende desde la página 229 hasta la 248 (¡19 páginas, nada menos!).

La obra de Ramón Acín queda muy puntualmente descrita y sabiamente valorada por sus quilates artísticos de buena ley en este libro de Sonya Torres. Para mi gusto, yo pondría más énfasis, al hablar del hombre, en su bondad, una bondad que

traspasa ideas y conflictos, triunfando de adversidades, discriminaciones de status, frustraciones de reconocimiento público y demás accidentes negativos, es decir: sólo atenta y a la escucha de lo esencial humano. Por eso, en mi estudio «Cinco oscenses en la punta de lanza de la prerrevolución española: Samblancat, Alaiz, Acín, Maurín y Sender» (*Alazet*, 5 [1993], pp. 9-69), al hablar de Acín (pp. 35-43) lo califico de «mártir y beato spinoziano», con el bienentendido de que la beatitud de Spinoza no tiene nada que ver con los «beatos» de la Iglesia católica, apostólica y romana, sino todo lo contrario. La beatitud de Spinoza es la que «por sabiduría se hace bondad en la libertad más completa». Y en este sentido querría yo ensalzar la condición humana encarnada en Ramón Acín Aquilué. Más concretamente: por lo que significó como anarquista de razón y paz, de antiterrorista y de antiviolento. Es como yo creo que se ha de interpretar lo que yo digo en mi glosa aciniana: «De esa doble condición de arte y hombría, de ilusión y entusiasmo “centáuricos”, puede haber arrancado la enorme influencia de Ramón Acín en la revolución española del 36. Un poco como fray Bartolomé de las Casas nos salva del baldón de nuestra conquista y colonización de las Américas merecedoras de la Leyenda Negra, así Ramón Acín nos compensa un tanto por su bondad la fama ganada por los libertarios de proclives al terrorismo» (p. 36).

Pero todo esto depende mucho de la opinión que nos merece la evolución misma del movimiento libertario y de la opción que cada cual hace frente a la división del mismo en dos o tres tendencias oficialmente enfrentadas. Y en eso no podemos meternos. En cierto modo, y siguiendo mi razonamiento, viene a ser Ramón Acín, para nuestra generación (o mejor, quinta) del 36, como una trágica advertencia de trascendentes ecos que no supimos oír o, mejor, tal vez: que el estruendo de las armas y el clamor de tantos ansiosos por empuñarlas nos impidieron escuchar. Porque, como él, todos nosotros éramos pacifistas y nos dejamos enredar en la guerra (¡civil, para más inri!) por un falso cálculo de percepción política y un eclipse de la propia moral: creímos en aquel momento homólogas violencia y revolución. Sólo después del eclipse y de la obnubilación histórica, nos hemos rendido a la evidencia de que lo segundo no puede darse ayudado por lo primero, que si es violenta no puede ser revolución. No sólo siendo pacifistas hicimos la guerra, sino que, además, siendo antimilitaristas nos hicimos militares, acatamos las órdenes de ingresar en filas en un ejército regular. Quiero creer que Acín se habría opuesto al menos a este segundo «posicionamiento» (por emplear el barbarismo de moda). Porque para el primero ya estábamos entrenados, como hubo apuntado en su día Juan García Oliver al hablar de «gimnasia revolucionaria».

Como suele decirse, el libro de Sonya Torres viene «a llenar un hueco» muy sensible y a rellenar un vacío imperdonable; pero yo creo que aquí el tópico cambia un poco, porque, más que venir a llenar un hueco, este libro da prolongación y remate, hasta la posteridad, a un modelo de «hombría» (en sentido senderiano) y a su obra, que con él sube puntos en la bolsa de valores estéticos, gracias al empujón académico que significa la tesis doctoral de Sonya Torres Planells.